

allí directamente sobre Berna, había puesto el 1.º de marzo una guarnición de 400 arqueros en Vauxmarcus, posición que domina el camino, y al día siguiente recibió la noticia de la aproximación del ejército suizo. Al instante dejó su campamento fortificado delante de Granson y tomó la dirección de Neufchatel, probablemente para proteger á la guarnición y posición de Vauxmarcus; pero apenas se hubo puesto en marcha, observó que las avanzadas suizas ocupaban ya las faldas de las alturas que del lado Norte limitan el llano de Granson. Los suizos, que habían pasado por delante de Vauxmarcus sin cuidarse de la guarnición borgoñona, quedaron al parecer también sorprendidos al ver que el ejército borgoñon, al cual habían creído encontrar en su campamento de Granson, acudía ya en su busca; y la batalla, que resultó decisiva, se libró como de sorpresa por ambas partes. La posición del ejército borgoñon reunía todas las ventajas estratégicas apetecibles: á sus espaldas tenía el campamento fortificado, á la derecha el lago, á la izquierda el terreno pantanoso al pié de las alturas, y en frente, del lado Norte, el riachuelo Arnon, á lo largo del cual hizo colocar Carlos su artillería; de suerte que se hallaba dentro de una fortaleza natural donde podía aguardar tranquilo todos los ataques en la seguridad de rechazarlos con poco esfuerzo. Pero su soberbia caballeresca no le permitió dejar á rústicos aldeanos el honor de ser los primeros en el ataque, que además habrían tenido que hacer en condiciones más malas, pues que la angostura del terreno no les habría permitido desplegar sus fuerzas. El duque tomó, pues, la ofensiva y esta fué su desgracia. Los suizos, que hincados de rodillas y rezando se habían preparado á la lucha entre las risotadas de los borgoñones, se formaron en cuadro, presentando al enemigo las puntas de sus picas y apuntándole con los arcabuces colocados entre las filas. Así resistieron firmes todas las arremetidas del enemigo, cuyos cañones estaban situados de manera que no hicieron ningun daño á los suizos. Por otra parte Carlos no pudo desplegar su caballería por la angostura del terreno, y un ataque que quiso efectuar por el flanco de los suizos fué rechazado por éstos con grandes pérdidas de los borgoñones, los cuales empezaron á cansarse. El duque, con mejor acuerdo, quiso retirarse un poco al Sur, donde el terreno era más ancho y le permitía desplegar mejor sus fuerzas; pero ya era tarde, porque entonces tomaron los suizos la ofensiva, y á favor de las viñas que se extendían á un lado pudieron avanzar y amenazar al enemigo por el flanco. En aquel instante aparecieron súbitamente en las alturas los contingentes de Zurich, Uri y Unterwalden, dispuestos á arrojarle con ímpetu irresistible y seguros de su victoria contra el enemigo, el cual viéndose rodeado, y aterrorizado por el grito de guerra de los de Uri, se arremolinó y buscó su salvación en la huida, mientras los suizos lanzándose desde todos lados sobre él, iban matando á cuantos alcanzaron con sus picas y mazas. Vanos fueron todos los esfuerzos de Carlos para detener á los fugitivos, que no hicieron caso de su espada desenvainada y le arrastraron consigo, primero hasta el campamento, y después, sin pensar en rehacerse allí ni en hacer frente al enemigo, corriendo á la desbandada hasta las montañas. Carlos con algunos pocos jinetes tomó la delantera y penetró en el territorio borgoñon para reunir allí los restos de su ejército, pocas horas antes tan numeroso, tan brillante y tan seguro de su victoria. Los suizos ocuparon el campamento, por nadie defendido, y se apoderaron de las incalculables riquezas que allí encontraron y que habían sido el asombro del mundo, especialmente las joyas de la capilla del duque, y entre otras cosas también su sello de oro. La alegría de tanto botín solo fué turbada por la vista de los cadáveres de los valientes é

infortunados defensores de Granson ahorcados en los árboles inmediatos. Para vengar su muerte, los vencedores impusieron igual suerte á la guarnición borgoñona. Los demás puntos fuertes ocupados por tropa borgoñona fueron evacuados, y después de haber permanecido los vencedores tres días en el sitio de su triunfo, regresaron cargados de botín á sus hogares.

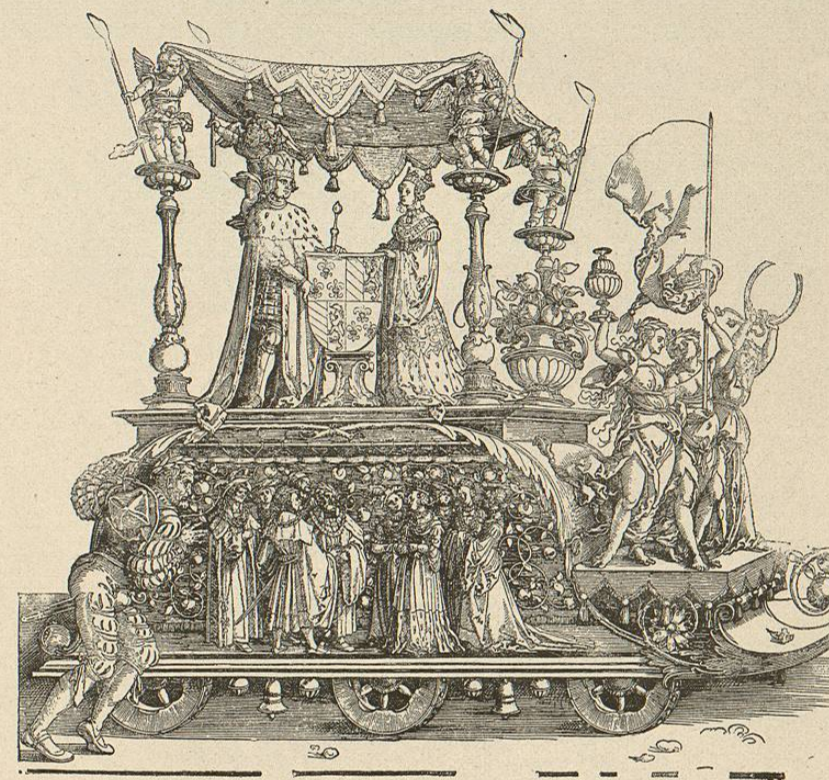
El furor del hasta entonces invicto duque de Borgoña fué indescriptible, tanto más cuanto que había sido vencido por labradores despreciados por él como gente villana y cuanto mayores y más graves resultaron las consecuencias políticas de tan gran derrota. Galeazo Esforcia de Milan, viéndole abandonado de la fortuna, anuló su alianza, sobre la cual Carlos había formado grandes y ambiciosos proyectos de extender su poder á Italia. Luis XI, al recibir la noticia del desastre del duque, dijo: «Muy bien está, pero no basta,» y desde Lyon, donde había observado con atención febril la marcha de los sucesos, felicitó á los suizos y les envió valiosos presentes, excitándoles á no detenerse en mitad del camino y aprovechar su victoria hasta donde fuera posible. Al propio tiempo el gran taimado manifestó al duque su sentimiento por la desgracia que había tenido, sabiendo muy bien, conocedor como era de los hombres y del mundo, que á este primer desastre habían de seguir infaliblemente otros mayores, provocados por el mismo duque con su necia y ciega obstinación. Claramente veía Luis XI que para coger el fruto de los errores del duque no tenía que hacer más que esperar é intrigar. Ya el viejo rey Renato, tan enredado como estaba en los proyectos de Carlos de Borgoña, se apresuró á hacer las paces con Luis XI, reconociéndole como heredero suyo en el caso de que su nieto el duque de Maine muriera sin dejar sucesión, y no solamente le nombró heredero de la Provenza, sino de todos los dominios de la casa de Anjou. También la hermana de Luis y enemiga suya, la duquesa de Saboya, tomó una actitud expectante y más circunspecta que antes. En fin, las consecuencias de la jornada de Granson redundaron casi exclusivamente en beneficio del rey de Francia.

Para Carlos de Borgoña todo esto era un estímulo más para tomar sin demora el desquite y recobrar su anterior posición imponente. Con actividad febril puso en movimiento todos los recursos de su imperio para reunir en el menor tiempo posible un nuevo ejército. Sin misericordia exprimió el jugo del país; pero entretanto no podía ocultar cuánto le hacia padecer interiormente el recuerdo de la jornada de Granson, porque su aspecto quebrantado lo proclamaba á voces. De muchas partes recibió avisos y consejos de no repetir sus ataques á los suizos; pero todo fué en vano, y antes de acabar la primavera volvió á entrar en campaña con 40,000 hombres, decidido, según se decía, á repartir la Suiza entre sus aliados y servidores fieles. Su plan era dirigirse desde Lausana sobre Berna. Al principio se le presentó todo de un modo favorable, porque mientras los berneses enviaron al valiente capitán Adriano de Bubenber con 1,500 hombres escogidos á Murten, destinada á proteger su territorio á manera de fortaleza fronteriza, su petición de auxilio no encontró por lo pronto eco en los demás cantones, que apoyaban su negativa en el hecho de que Murten pertenecía al país de Vaud, que no formaba parte de la confederación. Sin embargo, prometieron que acudirían si Berna ó Friburgo llegaran á ser atacados; y cuando los berneses les hicieron comprender que pérdida Murten, estaría también perdida Berna, ofrecieron enviar sus contingentes. Con esta seguridad se decidió la guarnición á resistir hasta donde fuera posible.

El 9 de junio llegó la vanguardia del ejército borgoñon

delante de Murten, que quedó en los dos días siguientes completamente cercada del lado de tierra. Al Sur de la ciudad acampó el duque Carlos y al Norte el conde de Romont. Este dirigió en seguida el fuego de su artillería pesada contra la ciudad, cuyas obras de defensa padecieron mucho, pero los sitiados rechazaron dos asaltos consecutivos. Entre tanto, Carlos procuró impedir que la plaza recibiera el auxilio que los berneses preparaban, y á cuyo fin habían ocupado la carretera que conducía á Murten y los pasos del río Saane, rechazando victoriosamente repetidos ataques de las fuerzas borgoñonas. Al propio tiempo el defensor de Murten, no obstante los daños que la artillería enemiga había causado en las obras de fortificación de la ciudad, aconsejó

á los berneses que lo preparasen todo bien, sin precipitarse, porque él se sostendría todavía todo el tiempo necesario, como lo hizo en efecto. Entonces llegaron de todas partes contingentes, y cuando Carlos ordenó en 10 de junio un asalto general á la plaza, que fué rechazado con grandes pérdidas de los sitiadores, había ya reunidos aproximadamente 30,000 hombres en frente del puente del Saane cerca de Gumminen y al día siguiente llegaron los últimos refuerzos que los suizos aguardaban. Acudió también á su auxilio el duque Renato de Lorena con una partida de caballeros que había contratado, y las ciudades de Alsacia y de Suabia enviaron otros refuerzos. El 22 de junio se puso el ejército suizo en marcha al encuentro del enemigo, incorporán-



Grupo alegórico representando el casamiento de Maximiliano I con María de Borgoña, en la «Procesión triunfal de Maximiliano I.» Grabado en madera de Juan Burgkmaier.

dosele á última hora todavía la fuerza de Zurich. Dejaron divisiones de observación en frente de las fuerzas del conde de Romont, situadas al Norte de la ciudad, y el grueso del ejército suizo marchó directamente contra el duque Carlos y sus tropas. Protegidos por el bosque de Murten dispusieron su ataque, dando el mando de la vanguardia á Juan de Hallwyl, ciudadano de Berna y señor de un castillo en Argovia; la columna de ataque fué confiada á Juan Waldmann, que se había ya distinguido en la batalla de Granson, y finalmente seguía el grueso del ejército, cuyos flancos protegían los caballeros y ballesteros de Alsacia y Lorena.

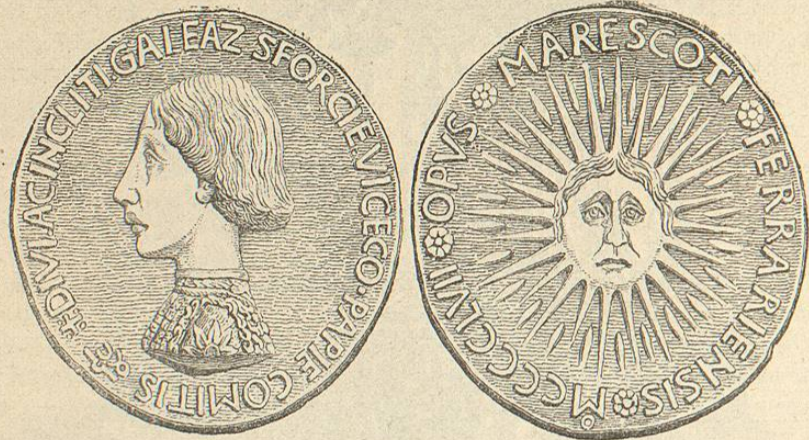
Carlos el Temerario, contentísimo de ver llegada la hora del desquite, tomó también sus disposiciones para entrar en batalla; pero aprovechando la lección recibida en Granson decidió aguardar el ataque del enemigo, á cuyo efecto había hecho construir delante de su posición una gran barricada con árboles recién cortados y con todo su ramaje y follaje y delante un foso, dejando una entrada para pasar á lo más cuatro jinetes de frente. Detrás de la barricada estaba situada la artillería, y detrás de ésta, ordenado en diferentes columnas de mucho fondo, el grueso del ejército, cuyos flancos se hallaban protegidos por la caballería. El día empezó lluvioso

y triste, pero en el momento en que los suizos se arrodillaron para orar apareció el sol, lo que fué tomado por un buen agüero, y en seguida la vanguardia suiza al grito de: «¡Granson! ¡Granson!» se arrojó sobre el enemigo, cuya artillería y caballería hicieron terrible destrozo en los suizos. Entretanto el previsor Hallwyl, que no en vano había servido en Bohemia y Hungría, había enviado una fuerte partida, que después de rodear por un extremo la barricada se arrojó con terribles alaridos sobre un flanco del ejército borgoñon, introduciendo la confusión en sus filas. Los suizos aprovecharon este momento para renovar su ataque de frente, con tal empuje, que atravesaron el foso y la barricada y mataron la gente que servía las piezas de artillería antes que los borgoñones pudieran reponerse de la sorpresa que les causó este segundo é impetuoso ataque. Sin perder tiempo, los suizos dirigieron la puntería de las piezas conquistadas sobre las masas borgoñonas, las cuales al recibir el choque de su vanguardia que retrocedía delante de los suizos se conmovieron, bien que sin abandonar su posición y defendiéndose con valor, hasta que súbitamente se vieron atacadas por la espalda por el defensor de Murten. Entonces todo el ejército se desordenó y se dió á la fuga, sucumbiendo millares de

borgoñones bajo los golpes de maza y picas de los suizos, que se precipitaron tras ellos arrojando secciones enteras de enemigos al lago, donde se ahogaron los que no fueron degollados en tierra. Los suizos mataron bárbaramente á cuantos cayeron en sus manos, y hasta los que huyendo se habian encaramado á los árboles, fueron muertos por los arqueros y ballesteros entre feroces burlas. El conde de Romont escapó á duras penas á favor de un nuevo bombardeo que con este objeto habia ordenado sobre la ciudad para distraer al enemigo, y sin detenerse consiguió llegar á los desfiladeros del Jura. Los vencedores encontraron en el campamento abandonado grandes acopios de víveres y pertrechos, y despues de descansar tres días sobre el campo de batalla regresaron triunfantes á sus casas.

No fué esta derrota tan vergonzosa, pero en cambio fué muchísimo mas desastrosa que la de Granson; en Murten habia perecido quizás la mitad del ejército borgoñón; la flor

de la nobleza de Borgoña habia encontrado allí tambien la muerte; pero el duque era demasiado terco para no persistir en sus ideas de venganza y conquista. Sin ninguna consideracion impuso nuevas y exageradas cargas á sus súbditos de Borgoña y de los Países Bajos; la nobleza y las ciudades contestaron á estas exigencias con la declaracion respetuosa pero decidida de que no podian hacer nuevos sacrificios despues de las grandes pérdidas que las últimas guerras les habian causado; la industria y el comercio estaban abatidos, y la riqueza al parecer inagotable de las provincias de Flandes empezó á agotarse. Para rechazar á un enemigo se declaró el país pronto á sacrificarlo todo, pero se negó decididamente á prestar su mano á una guerra de conquista. Contra esta resolucion fueron inútiles todos los esfuerzos del duque; mas ni por esto renunció Carlos á sus propósitos, y lo que el país no quiso ya, dar buenamente, tuvo que darlo á la fuerza. De esta manera Carlos el Temerario formó y pertre-



Medalla de cobre con el busto de Galeazo Esforcia.

Anverso.—Inscripcion circular: † DIVI. AC INCLITI. GALEAZ SFORZIE. VICE CO. PAPIE COMITIS

Reverso.—En el centro un sol con rostro humano y al rededor el nombre del artista que la ejecutó:

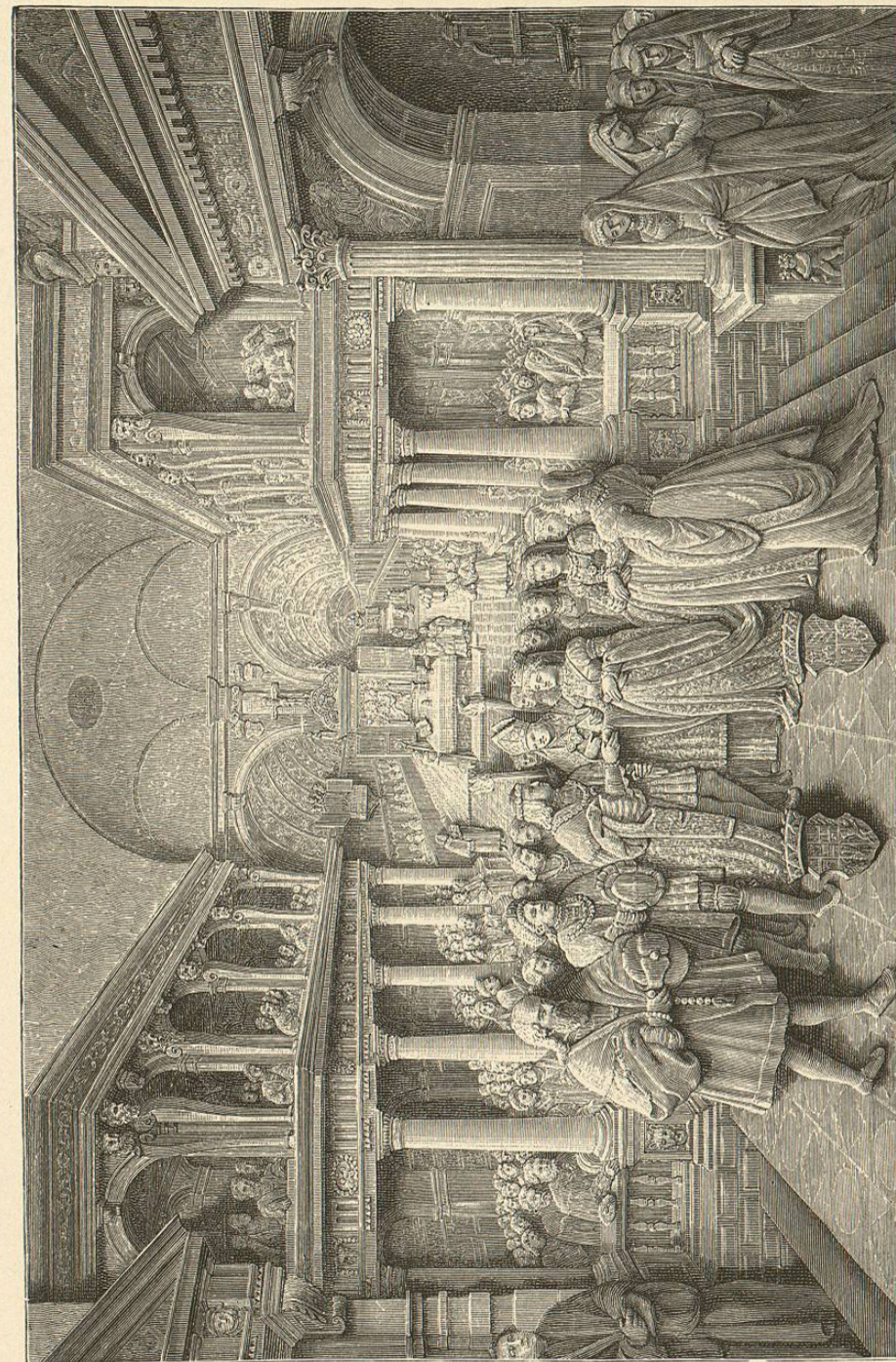
\* OPVS \* MARESCOTI \* FERRARIENSIS \* MCCCCLVII.

Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlin.

chó un nuevo ejército y entretanto se retiró á su castillo solitario de la Rivière, situado en el Jura, donde á sus solas meditó sobre la manera de saciar su ira y despecho en los campesinos suizos. No le hizo cambiar de idea el hecho de que el nuevo ejército que reunió no llegaba ni en número ni en armamento á la altura del que habia sido destruido cerca de Murten, ni su furia ciega le permitió ver que este último descalabro habia cambiado en perjuicio suyo la situacion política general, ni que hasta sus servidores mas íntimos no se disimularon ya que Carlos iba á buscar su ruina definitiva.

Los cantones suizos celebraron un parlamento en Friburgo á fines del mes de julio, al cual envió el rey Luis una embajada para felicitar á los suizos por su nueva victoria, sin descuidar el robustecer su afecto y la conservacion de su alianza con presentes en metálico además de las subvenciones corrientes; pero no logró inducirlos á continuar la guerra contra el duque de Borgoña. Tambien se presentó en el parlamento el duque Renato de Lorena para solicitar el auxilio de los suizos á fin de recobrar su ducado, pero tampoco consiguió su objeto; y entonces, con la nobleza de Lorena y el auxilio de la nobleza y de las ciudades de Alsacia, reconquistó en el verano del mismo año 1476 casi todo su ducado sin exceptuar la capital Nancy, cuya guarnicion borgoñona se rindió despues de una corta resistencia en el mes de octubre. Estos sucesos obligaron á Carlos á ponerse de

nuevo en campaña antes de haber dado la última mano á sus armamentos contra los suizos. Hacia pocos días que el duque Renato habia entrado en su capital cuando se vió súbitamente cercado en ella por su terrible enemigo. En tal situacion, vendió Renato las últimas joyas que le habian quedado, tomó grandes sumas prestadas en Francia, y con la solemne promesa de los vecinos y guarnicion de su capital de sostenerse á todo trance hasta su regreso, se dirigió á Suiza, pues solo allí podia esperar encontrar auxilio, ya que ni Luis XI ni Federico III querian intervenir con las armas á su favor. Tampoco los suizos se mostraron dispuestos á auxiliarse; pero cuando les hubo dado á entender en un parlamento reunido en Lucerna, que si, abandonado por todos, se le obligaba á unirse al duque de Borgoña para salvar su ducado, tendria que prestar á Carlos su concurso militar contra sus compañeros de glorias y fatigas de la jornada de Murten, consintieron los cantones en dar permiso á todos los suizos para entrar al servicio del duque Renato como soldados á sueldo. Con esto se alistaron en sus filas muchos combatientes, particularmente de Zurich y de Berna y entre ellos tambien el valiente y perito Waldmann; de modo que á fines de diciembre Renato tuvo reunidos en Basilea mas de 8,000 hombres, que pronto se aumentaron hasta 15,000 con los que acudieron de la Alsacia austriaca y de las ciudades del Alto Rhin. El 26 de diciembre se puso con su ejército en marcha para socorrer á su capital, en la cual escaseaba



Casamiento de Maximiliano I con María de Borgoña.  
Relieve en mármol del monumento del emperador Maximiliano en la iglesia del palacio de Innsbruck.